

la tolerancia y la bondad pueden conceder; resolviendo aceptar la situación tal como acababa yo de colocarla, conservando á Tonino á nuestro lado y seguir adelante. Sentía perfectamente que encerraba en el fondo de mi corazón una llaga viva y que no la cerraba en verdad, apresurándose á vivir con su mal sin hacer sufrir injustamente á los demás. Lisonjeábame de poseer la fuerza suficiente para ello, y la tenía.

XXVI

El destino, la fatalidad tal vez, atrajo una diversion imprevista á mis ocultas agitaciones, y esto, durante el mismo día de la llegada de Tonino.

Vanina, la pastora, había crecido, llegando á ser una hermosa chica rubia y bien proporcionada dentro su elevada estatura; muy graciosa, con sus prolongados brazos redondos y delicados como los de una figura etrusca. Decíase en la comarca que era ésta una hija natural del viejo Tonino Monti, lo cual era bastante inverosímil, si no imposible. Tenía ella la perfecta frescura de tonos de la raza germánica á la cual pertenecía su madre; pero la gracia y la elegancia italianas resaltaban en sus actitudes y en la dulce sonoridad de su acento. La suposición de cierto parentesco misterioso con ella no desagradaba del todo á Tonino. Juan se lo había explicado delante de mí con un *puede ser* lacónico é indiferente. Él había apadrinado aquella criatura y la había recogido de pequeña por caridad. Felicia, que no admitía chanzonetas relativas á los amores de su abuelo, la había conservado largo tiempo á distancia para no alimentar comentarios en manera alguna. Así es, que la educación de Vanina fué harto descuidada, y

sus maneras naturalmente rústicas. Sin embargo, desde hacía dos años, su inteligencia se había desarrollado en sus frecuentes conversaciones con Tonino, y se la había visto de día en día corregirse progresivamente así en las maneras como en el lenguaje. Aquellas conversaciones la habían, como si dijéramos, despertado. Felicia había vigilado su conducta, y á consecuencia de algunas reprimendas, temiendo la muchacha ser despedida, se había absorbido ardentemente en sus quehaceres. A la sazón estaban muy satisfechos de ella, puesto que si servía á la perfección para los trabajos rudos del campo, era al propio tiempo una alhaja para los quehaceres domésticos; por lo que el ama le manifestaba gran cariño, sobre todo desde que la ausencia de Tonino había cortado las suposiciones que podía engendrar su intimidad.

Vanina se levantaba con el alba y salía de casa á apacentar sus rebaños en la opuesta vertiente de la colina, así es que nada supo del inesperado regreso de Tonino.

En el momento en que nos sentábamos á la mesa para comer, entró ella en la sala, lanzó un grito, desvaneciéndose, y palideció de súbito, dejándose caer en una silla.

Aquella inocente alegría, reprimida inmediatamente, pero seguida de un sonrojo revelador, hizo sonreír á Tonino, quien corrió hácia ella abrazándola sin cumplimento alguno y tuteándola como anteriormente. Después de unos momentos, se levantó Tonino para ayudarla á servirnos á la mesa á Felicia y á mí; pero á medida que se iba prolongando la comida, estábamos nosotros peor servidos. Llegó un momento en que ya no se nos servía ni bien ni mal, tanto tenían que cuchichear alegremente aquel par de jóvenes dentro de la cocina. Felicia se vió precisada á llamar á Vanina para advertirla, pero sin

regañarla, ordenando á Tonino que volviera á sentarse y estuviere más en su lugar.



—Si empiezas así, díjole ella, voy viendo que estaré tan descontenta de tí como el año pasado. Tú me obligaste á despedir á esta chica. Yo la creí coqueta y desenvuelta, habiendo

visto despues que era buena y prudente é igualmente sencilla; pero si lo haces para distraerla de sus deberes, serás tú el despedido.

—¡Todavía esta amenaza! respondió Tonino con cierta arrogancia dulcificada por el buen humor. Estoy viendo que me será preciso acostumbrarme á justificar todas mis palabras y todas mis acciones. Sabed, pues, prima, que amo á Vanina con todo mi corazon. Si os dije que *no* hace algun tiempo, fué porque no creia amarla; pero he estado pensando en ella todo el espacio que ha durado mi ausencia; ¡y ahora que vuelvo á encontrarla más hermosa, más formada, más graciosa y amándome siempre..... como á un hermano! hoy sobre todo, que veo que vos no me amáis ya como un hijo, dígame yo que la amistad de una pastora vale más que nada, y acepto esto que me envia el cielo para consolarme.

—Amala, repuso Felicia; no puedes emplear mejor tu amistad; pero, si la hablas de amor...

—Me mandareis á paseo otra vez, ya lo habeis dicho. Pues bien, yo os respondo de que le hablaré de amor y de que no me mandareis á paseo.

—¿Piensas casarte con ella entonces?

—Sí, prima mia, con vuestro permiso y el de M. Sylvestre.

—¿Es de eso de lo que le estás hablando hace una hora?

—No, prima mia, no le he hablado aun mas que de amistad. Me hacia falta vuestro permiso para hablarle de matrimonio: ¿me lo concedéis?

—¿Yo?... Sí, desde luego; pero quiero saber la opinion de M. Sylvestre, y tu tendrás la bondad de esperarla.

—La esperaré... á menos que quisiera M. Sylvestre hacer el favor de dármela enseguida.

—Querido niño, le dije, yo no he de daros sino consejos de amistad paternal. Vos me lo permitís, y yo os agradezco la

deferencia. ¿Me permitís tambien que os dirija antes algunas preguntas?

—Preguntad, dijo abrazándome el muchacho.

—Pues bien, repuse yo; ¿no creéis ser demasiado jóven todavía para casaros?

—Soy jóven, es verdad; pero Vanina lo es igualmente. Yo tengo veinte y dos años y ella diez y seis. Soy pues bastante entrado en razon para ser su marido. Si contara yo más edad, ella estaria en lo justo diciendo que soy demasiado viejo.

—¡Pero el matrimonio es una cosa grave!

—Para vos y para mi prima, sí, muy grave, pero no para dos jóvenes que nada son ni nada tienen, y en quienes el porvenir ha de ser muy igual al pasado, y que carecen de la costumbre de torturar su cerebro para resolver problemas. Nosotros trabajaremos, nos amaremos, no reflexionaremos mucho, y seremos, creo, bastante felices...

Felicia iba á hacer alguna objecion, pero él no le dió tiempo.

—¡Oh! vos, prima mia, le dijo, nada de eso entendeis, permitid que os lo diga. Vos mirabais para mí demasiado léjos. Me hicisteis entónces muchas reflexiones que yo escuchaba confiando en Dios y en vuestras palabras. Era en los tiempos en que queríais hacer de mí algo bueno, en los que entreveíais para mí un enlace burgués; pero he reflexionado. Desde que vos dejasteis de inquietaros por mí, heme dicho yo á mí mismo que el casarme con una labradora rica ó una pastora pobre, siempre era descender tratándose de un hidalgo, y que me era preciso encontrar una princesa ó contentarme con una pastora. Supuesto que la princesa no ha de venirse á las manos, llovida del cielo, quiero, por lo tanto, escoger una pastora que me plazca, y me place ésta. Concedédmela pues y me iré á vivir con ella á la montaña, y, antes de poco, yo os respondo de que vais á tener multitud de cabritos soberbios y

muchos primitos hermosos á los cuales querreis, tal vez, tanto como á mí, en los tiempos en que era yo niño...

Yo escuchaba sonriendo á Tonino. ¡Había en verdad algo de simpático en su buen humor! En cuanto á Felicia, estuvo oyendo friamente y como disgustada de su ligereza.

—Vos confiais en él, díjome Felicia, y os equivocais á no dudar. Es un muchacho que se rie de todo, y yo no espero nada bueno de sus proyectos acerca de Vanina.

—Es verdad, cuando se trata de mí, dudais de todo, repuso Tonino, aun cuando se trate de mi honor; ¿y vos M. Silvestre?

—Yo creo en vuestra honradez, que reconozco empeñada desde el momento en que pedís permiso para amar á una jóven á quien vuestra prima tiene obligacion de proteger.

—Sí, yo os lo aseguro, quedareis satisfecho.

—Sí, quedaré satisfecho si respondeis: sí.

—Pues bien: sí. Ya lo he dicho, y además: juro respetar á Vanina hasta tanto que sea mi mujer.

Y sostuvo su palabra; pues mientras mostraba á aquella jóven una afeccion vivísima, no dejó asomar en su frente la más ligera sombra de rubor.

De tímida y frecuentemente turbada, manifestóse Vanina, si no completamente tranquila, al menos sonriente y como alimentando en su imaginacion un legítimo triunfo. Parecióme pues evidente que Tonino le habia prometido casarse, que ella estaba segura de la promesa y aun orgullosa del amor que habia inspirado.

Con esto podia desvanecerse el doloroso recuerdo de mis celos y se hubiera desvanecido por completo, si Felicia hubiese aceptado francamente el pensamiento de casar á los

chicos al mismo tiempo que nos casásemos nosotros; pero ella persistía en no creer á Tonino bastante serio, hablándole siempre con cierta aspereza sarcástica. Yo empecé á encontrarla injusta. Tonino lo lamentaba, pero con aquella estremada dulzura que constituía el fondo de su carácter y que hacia su trato seductor y agradable.

No conocía él la cólera ni el rencor; lo rodeaba todo de cierta irradiacion alegre, mostrándome una afeccion la cual me tenia verdaderamente cautivado. Era á mí á quien se dirigia para enterarse de las preocupaciones de Felicia, y siempre con una solicitud tan cariñosa que me obligaba á justificarle y á reconciliarme de continuo.

—No dudo de que me apreciáis, me decia á la sazón; porque ya lo veis, ella es fria y desdeñosa. Su corazón se me ha cerrado desde que vos reináis en él, muy justamente. Yo no soy más que un atolondrado ignorante, mientras que sois vos un verdadero hombre, ó casi un ángel. Así es que me consuelo de todos los rigores de mi prima con la última de vuestras buenas palabras. Podeís hacer de mí todo cuanto os plazca; un amigo, un perro, un esclavo; vos sois dulce, yo lo soy tambien; entre los dos, basta una mirada ó una sonrisa. Vuestros mandatos me complacen; me considero dichoso viviendo junto á vos y por vos. Sin esto, sentiria un pesar continuado; pero yo me pregunto: ¿por qué ha de ser Felicia como es? Ella no puede amar á la vez más que á una persona. Cuando yo era su hijo, no habia porque hablarle de matrimonio; ahora que ella ha inclinado su alma hácia el matrimonio, no hay para que recordarle que he sido su hijo. ¿Pero qué ha de importarme eso, si despues de todo, venís á ser vos mi segundo padre? Yo me acostumbraré á ver en Felicia solamente mi prima, á no

echar de menos nada del pasado, á decirme lo que me digo ya: esto es, que he ganado en el cambio, porque vos valeis más que ella y que todo el mundo.

—¿Aun más que Vanina?..... le pregunté sonriendo.

—Yo adoro á Vanina, respondiíme; pero si vos me prohibís pensar en ella, destrozaré mi corazón para obedeceros. Creeré que vos no podeis engañaros, que vos leéis claro en el fondo de las almas como lee Dios, y que es para mi felicidad que me haceis, al parecer, desgraciado.

Fijéme entonces en penetrar la naturaleza de su afección por Vanina. Parecióme ser una afección verdadera, si no sublime.

No es muy delicada la pastora, me decía; sin ser boba es sencilla. Comprende bien todo cuanto se le dice; y tanto lo comprende, que se lo cree todo sin reserva. Si vos le dijerais, por ejemplo, que por medio de palabras mágicas, puedo yo sostenerla en el aire, sería capaz de arrojarse de cabeza desde lo alto de la montaña. Esto es bárbaro, si quereis, pero es hermoso, y no deseo, en verdad, que nadie me la trueque en sabia ni amiga de discusiones. Me parece muy bien tal como es, hermosa á mi gusto. Yo no gusto más que de las rubias, tal vez porque yo soy muy moreno. Soy apasionado hasta la locura de las caras blancas y los ojos de azur. Yo amaré á mi mujer con los sentidos sobre todo: os lo advierto, no me lo reprobeis por Dios. Soy jóven, y no me he saciado jamás. Si me preguntais por qué, no sabré qué contestaros. Soy algo burlon, y en consecuencia, difícil, tal vez algo más solicitado de lo que debiera serlo un hombre de mis merecimientos. Me siento de raza distinguida; ¿qué quereis? Las maneras ordinarias me chocan por la parte risible, y cuando la grosería de

espíritu se sobrepone á la belleza, no acierto á ver sino lo primero. Vanina ha de tener algo de noble en su sangre; no lo sé de cierto, pero lo creo. Nada sé, pero lo presiento. Ejecuta con gracia las cosas más prosaicas; mi sentimiento artístico no sufre jamás cuando me fijo en ella, y esto hace que la desee locamente; pero os he dado mi palabra, y la respeto. ¿Por que no? La pequeña lucha que siento en mí mismo y contra mí, aguijonea mi amor avivando su fuego. Yo os respondo de que, tanto ella como yo, vamos á tener una prolongada luna de miel.

Añadiendo luego, acompañado de una carcajada franca:

—Amigo, ¡necesito mi pareja en seguida!

La libertad de espíritu, cándida y cínica al propio tiempo, con la cual me estaba hablando el jóven Tonino, de mi próximo enlace con su madre adoptiva, me mareaba un poco de cuando en cuando. Carecia Tonino de aquel no sé qué, velado y profundo, que caracteriza las almas verdaderamente emocionadas. Había en él como una súbita sequedad excéptica, de la cual no parecía saber darse cuenta, pero que salta á piés juntillas sobre los respetos propios y extraños. Hubiera sido imposible hacérselo entender, porque, aun más que Felicia, era incapaz de escuchar con fruto y de adivinar el verdadero sentido de las palabras en cierto orden de ideas. El bárbaro realismo aparecía de repente sobre aquella graciosa expansión, y me sonrojaba yo, hombre de cincuenta años, cuando le permitía entregarse á sus imaginaciones de voluptuosidad.

Aquellos amores de niño que limitaban, por así decirlo, mis austeros amores con Felicia, encerraban tal vez la ruda ver-

dad de la edad de oro, y muchas veces me preguntaba yo si es el amor joven el único legítimo, y si este pudor tan rebuscado como desconocido de las costumbres rústicas, no era probablemente un resultado de la corrupción social; en fin, si á fuerza de querer realzar á mi futura por consideración propia, no arrancaba, tal vez, á su corazón; cuanto habia en él de poderoso y espontáneo.

XXVII

QUARTA mañana vino á encontrarme Tonino, bastante más turbado que conmovido.

—Corro á confesarme, dijo él; es indispensable que se me deje casar inmediatamente con Vanina. No podemos esperar más. Que mi prima no guste ó no quiera fiestas en su casa, antes de que terminen los lutos que se ha impuesto, está muy puesto en razón, y yo lo respeto; pero podemos casarnos perfectamente sin violines mi pastorcilla y yo. Si son indispensables un festín y un baile campestre, podemos trasladarlos al día de vuestra boda.

—Vamos á ver, muchacho, respondióle, ¿es que habeis faltado á vuestra palabra?

—No; pero presiento fundadamente que no podré sostenerla por más tiempo. He dado algunos besos á mi futura, cada día un poco más prolongados que los de la víspera, y, ¡qué quereis! ella, que tampoco es de piedra, me los ha devuelto. Es pues indispensable, de necesidad, romper aquel juramento ó afianzarlo inmediatamente con el juramento conyugal.

—Hablaré de ello con vuestra prima.